

Patrick Modiano

Tres desconocidas

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Des inconnues

Éditions Gallimard

París, 1999

Ilustración: foto © Sabine Weiss / Rapho (detalle)

Primera edición: febrero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7947-6

Depósito Legal: B. 509-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Aquel año, el otoño llegó antes que de costumbre, con lluvia, hojas secas, la niebla en los muelles del Saona. Yo vivía aún en casa de mis padres, en el arranque de la colina de Fourvière. Tenía que encontrar trabajo. En enero, me cogieron por seis meses como mecanógrafa en la Sociedad de Rayón y Sedas, en la plaza de Croix-Paquet, y no me había gastado el sueldo. Me fui de vacaciones al sur de España, a Torremolinos. Tenía dieciocho años y era la primera vez que salía de Francia.

En la playa de Torremolinos conocí a una mujer, una francesa, que llevaba varios años viviendo allí con su marido y se llamaba Mireille Maximoff. Una morena muy guapa. Su marido y ella regentaban un hotelito donde había cogido yo una habitación. Me explicó que iba a pasar una temporada larga en París el otoño siguiente y que se alojaría en casa de unos

amigos cuya dirección me dio. Le prometí que iría a verla en París si se me presentaba la ocasión.

A la vuelta, Lyon me pareció muy sombrío. Muy cerca de donde vivía yo, a la derecha, en la cuesta de Saint-Barthélemy, estaba el internado de los Padres Paúles. Unos edificios construidos en la ladera de la colina y cuyas fachadas lúgubres dominaban la calle. El portalón estaba excavado en una tapia alta. Para mí Lyon en aquel mes de septiembre es la tapia de los Padres Paúles. Una tapia negra donde se posaban a veces los rayos del sol de otoño. El internado parecía abandonado entonces. Pero bajo la lluvia, la tapia era la de una cárcel y me daba la impresión de que me bloqueaba el porvenir.

Me enteré por una clienta de la tienda de mis padres de que una casa de modas andaba buscando maniqués. Según decía, pagaban ochocientos francos mensuales, doscientos más que la Sociedad de Rayón y Sedas. Me dio las señas y decidí presentarme. Por teléfono, una mujer me dijo con voz autoritaria que fuera un día de la siguiente semana a media tarde al número 4 de la calle de Grolée.

En los días sucesivos acabé por convencerme de que esa profesión de maniquí era la mía, aunque nunca había pensado en ella anteriormente. Así a lo mejor tenía un buen motivo para irme de Lyon a París. Según se acercaba la hora de la cita estaba cada vez más ansiosa. Me iba a jugar la vida a cara o cruz. Me decía que, si no me cogían, no se me volvería a

presentar una ocasión como aquélla. ¿Tenía una pequeña posibilidad? ¿Qué debía ponerme para el examen? No tenía dónde elegir. La única ropa presentable con que contaba consistía en una falda gris y una blusa camisera blanca. Me compré unos zapatos azul marino de medio tacón.

La víspera por la noche, en mi cuarto, me puse la blusa camisera blanca, la falda gris, los zapatos azul marino y allí estaba, de pie y quieta delante de la luna del armario, preguntándome si esa chica era yo. La pregunta me hizo sonreír, pero la sonrisa se me congeló al pensar que al día siguiente se decidía mi vida.

Me daba miedo llegar tarde a la cita y salí de casa con una hora de adelanto. En la plaza de Bellecour llovía y busqué refugio en el vestíbulo del Hotel Royal. No quería presentarme en la casa de modas con el pelo mojado. Le conté al conserje del hotel que era una clienta y me prestó un paraguas. En el número 4 de la calle de Grolée me hicieron esperar en una estancia con paneles de madera gris en las paredes y con las puertas acristaladas de los balcones protegidas con cortinas de seda del mismo color. Había una hilera de sillas contra la pared, unas sillas de madera dorada tapizadas de terciopelo rojo. Al cabo de media hora me dije que se habían olvidado de mí.

Me había sentado en una de las sillas y oía caer la lluvia. De la araña caía una luz blanca. Me preguntaba si debía seguir allí.

Entró un hombre de unos cincuenta años con el

pelo moreno peinado hacia atrás, bigotito y ojos de gavilán. Vestía un traje azul marino y calzaba unos zapatos oscuros de ante. A veces, en mis sueños, abre la puerta y entra con el pelo igual de negro treinta años después.

Me rogó que no me levantase y se sentó a mi lado. Con voz seca me preguntó la edad. ¿Había trabajado ya de maniquí? No. Me pidió que me quitase los zapatos y caminase hacia las ventanas y volviera luego hacia él. Caminé y me sentí muy incómoda. Se había inclinado en la silla con la barbilla en la palma de la mano y expresión preocupada. Después de ese trayecto de ida y vuelta, me había quedado de pie delante de él, sin que me dijera nada. Por hacer algo, no apartaba la vista de mis zapatos, que se habían quedado al pie de la silla vacía.

–Siéntese –me dijo.

Volví a mi sitio, a su lado, en la silla. No sabía si podía volver a ponerme los zapatos.

–¿Es su color natural? –me preguntó señalándome el pelo.

Le contesté que sí.

–Me gustaría verla de perfil.

Volví la cabeza hacia las ventanas.

–Tiene un perfil bastante bonito...

Me lo dijo como si me anunciase una mala noticia.

–Los perfiles bonitos escasean tanto...

Parecía exasperarlo que no hubiera bastantes

perfiles bonitos en el mundo. Me clavaba los ojos de gavián.

—Estaría muy bien para hacerle fotos, pero no corresponde usted a lo que anda buscando el señor Pierre.

Me puse rígida. ¿Me quedaba aún una pequeña posibilidad? A lo mejor le pedía opinión a ese señor Pierre que era seguramente el dueño. ¿Qué buscaba exactamente? Estaba completamente decidida a encajar con todo lo que quisiera el señor Pierre.

—Lo siento... No podemos contratarla.

Ya estaba dictada la sentencia. No me quedaban fuerzas para decir nada más. El tono seco y cortés de aquel hombre me daba a entender a la perfección que ni siquiera era digna de que se le pidiera la opinión al señor Pierre.

Me volví a poner los zapatos. Me puse de pie. Me estrechó la mano en silencio y me llevó hasta la puerta, que abrió en persona para dejarme pasar. Ya en la calle, me di cuenta de que me había dejado olvidado el paraguas, pero ya no tenía ninguna importancia. Crucé el puente. Fui andando por el muelle, siguiendo el curso del Saona. Me encontré luego, cerca de mi casa, en la cuesta de Saint-Barthélemy, delante de la tapia de los Padres Paúles, como tantas veces en mis sueños de los años siguientes. No se me habría podido diferenciar de esa tapia. Me cubría con su sombra y yo tomaba su mismo color. Y nadie me iba a arrancar nunca de esa sombra. Por contraste, el

salón de la calle de Grolée, donde me habían hecho esperar, estaba sumergido en la luz de la araña, una luz cruda. El individuo del traje azul y los zapatos de ante salía de la habitación andando hacia atrás una y otra vez. Parecía una película antigua proyectada del revés.

Siempre el mismo sueño. Al cabo de unos años, la tapia de los Padres Paúles era menos oscura y, algunas noches, un rayo de sol poniente la iluminaba. En el salón de la calle de Grolée la araña difundía una luz suave. El traje azul del hombre con ojos de gavilán parecía muy pálido, muy desteñido. También la cara le había palidecido, tenía la piel casi transparente. Sólo el pelo seguía siendo negro. Se le había cascado la voz. Ya no era él quien hablaba, sino un disco que giraba. Las mismas palabras se repetían para toda la eternidad: «su color natural... Póngase de perfil... No corresponde a lo que anda buscando el señor Pierre», y ya habían perdido su sentido. Siempre, al despertarme, me asombraba que aquel episodio cada vez más remoto de mi vida me hubiera decepcionado tanto y me hubiese hecho tan desdichada. Pensé incluso, al cruzar por el puente aquella tarde, en tirarme al Saona. Por tan poca cosa.

Ni siquiera me quedaba ya valor para volver a casa y ver otra vez a mis padres y el armario de luna de mi cuarto. Bajé las escaleras hacia la ciudad vieja como si huyera. Otra vez iba andando por el muelle, a orillas del Saona. Entré en un café. Seguía llevando

encima el trozo de papel donde Mireille Maximoff había escrito las señas y el número de teléfono de sus amigos de París. Los timbrazos sonaban, uno tras otro, sin que nadie contestase; y, de pronto, oí una voz de mujer. Me quedé callada. Luego, pese a todo, conseguí decir: «¿Podría hablar con Mireille Maximoff?», con una voz inexpresiva que allá, en París, no debía de ser nada habitual. Había salido, pero volvería algo más tarde, durante la velada.

Al día siguiente cogí un tren nocturno en la estación de Perrache. El compartimento estaba sumido en la oscuridad. Unas sombras dormían en el asiento corrido, al fondo del todo. Me senté cerca del pasillo. El tren seguía parado en el andén y me preguntaba si de verdad me dejarían irme. Me daba la impresión de estar escapándome. El vagón arrancó, vi desaparecer el Saona y noté que me quitaba un peso de encima. Creo que esa noche no dormí, o si lo hice fue en un duermevela cuando el tren se detuvo, sin saber por qué, en un andén desierto en Dijon. Entre el resplandor azul de la luz de penumbra pensaba en Mireille Maximoff. Ni un día sin sol allá, en la playa de Torremolinos. Me había dicho que a mi edad vivía en una ciudad pequeña de las Landas cuyo nombre he olvidado. La víspera del examen final de bachillerato, se acostó muy tarde y el despertador no sonó. Durmió hasta las doce de la mañana en vez de examinarse. Más adelante, conoció a Eddy Maximoff, su marido. Era un hombre alto de muy buena pre-

sencia, de origen ruso, a quien llamaban «el Cónsul», y que tenía la costumbre de beber una mezcla de Coca-Cola y ron. Quería servírmela a la hora del aperitivo, pero yo siempre le decía que prefería la Coca-Cola sin más. Hablaba francés sin acento. Había vivido en París, y se me había olvidado preguntarle a Mireille Maximoff por qué azar habían acabado en España.

Llegué muy temprano. En la estación de Lyon todavía era de noche. Por lo demás, en los primeros tiempos que pasé en París me parece que era siempre de noche. Sólo llevaba una bolsa de viaje que no pesaba. La mañana en que llegué, estaba sentada en un café de la plaza de Le Trocadéro con Mireille Maximoff. Había esperado en el bar de la estación a que fueran las diez para telefonarla. Tardó en entender desde dónde la llamaba. Llegué la primera al café. Temía que se comportase de forma distante cuando le confesara que no sabía dónde vivir. Se me acercó con la misma sonrisa que si fuera a reunirse conmigo en la playa. Hubiérase dicho que nos habíamos separado la víspera. Parecía contenta de verme y me preguntaba cosas. Se lo conté todo: la cita en la casa de modas, la voz seca del individuo con ojos de gavilán que seguía oyendo aún la noche anterior, pasado Dijon, en mi duermevela: «¿Es su color natural? Póngase de perfil...»

Y allí, delante de ella, me deshice en lágrimas. Me puso la mano en el hombro y me dijo que todo eso no tenía importancia. Era como el examen aquel

que se había perdido a los diecisiete años porque aquella mañana no había sonado el despertador. Le parecía bien que me quedase en el piso de sus amigos.

Cruzamos la plaza, y la verdad es que mi bolsa de viaje no pesaba. Llovía como en Lyon, pero me parecía que la lluvia tampoco pesaba. Era al final de la calle Vineuse. Los primeros días llevaba encima el papel con las señas y el número de teléfono, por si me perdía en París. Un piso de paredes claras. En el salón apenas había muebles. Abrió la puerta de una habitacioncita, una de cuyas paredes estaba cubierta de estanterías de libros. Enfrente, un sofá de terciopelo gris. No había armario de luna. La ventana daba a un patio. Quería ir a buscar sábanas, pero le dije que de momento no merecía la pena. Echó las cortinas. Yo había dejado la bolsa de viaje junto al canapé, sin abrirla. Me quedé dormida enseguida. Oía caer la lluvia en el patio y me acunaba. Me despertaba de vez en cuando y siempre volvía a deslizarme suavemente en el sueño. Iba otra vez por la cuesta de Saint-Barthélemy y, a la derecha, me dejaba asombrada que hubiera desaparecido la tapia de los Padres Paúles. No quedaba ya sino una brecha que daba a la plaza de Le Trocadéro. Llovía, pero el cielo estaba muy claro, azul pálido. Los días siguientes, Mireille Maximoff me llevaba consigo por París. Cruzábamos el Sena e íbamos a Saint-Germain-des-Prés. Quedaba con amigos en Le Nuage, en La Malène. Yo me sentaba con ellos y no me atrevía a abrir la boca. Los

escuchaba. A veces, ella volvía al piso a eso de las siete de la tarde y yo me pasaba la tarde sola. Iba andando hasta el bosque de Boulogne. Hacía sol muchas veces. Caía una lluvia fina y yo tardaba en darme cuenta. El sol otra vez en las frondas rojizas de los árboles y en los paseos de Le Pré Catelan, que olían a tierra mojada. A la vuelta, ya era de noche. Se adueñaba de mí una intranquilidad inconcreta cuando pensaba en el porvenir. Me parecía de lo más cerrado, como si aún estuviera delante de la tapia de los Padres Paúles. Ahuyentaba las ideas negras. En esta ciudad, podía uno encontrarse con gente. Por la avenida que iba del bosque de Boulogne a Le Trocadéro, yo alzaba la cabeza hacia las ventanas encendidas. Todas y cada una me parecían una promesa, una señal de que todo era posible. Pese a las hojas secas y la lluvia, había electricidad en el aire. Un otoño raro. Está cerrado sobre sí mismo y separado para siempre del resto de mi vida. Donde estoy ahora, no hay otoño. Un puertecito del Mediterráneo donde, para mí, se ha detenido el tiempo. Sol todos los días, hasta que me muera. Las pocas veces que regresé a París en los años siguientes, me costaba creer que era la ciudad donde había pasado aquel otoño. Todo era entonces más violento, más misterioso, las calles, los rostros, las luces, como si estuviera soñando o hubiera tomado una droga. O, sencillamente, era demasiado joven y el voltaje me resultaba demasiado fuerte. Al volver aquella noche a la calle Vineuse, me

crucé por las escaleras de la casa con un hombre moreno con gabardina. Lo había visto ya con los demás con los que quedábamos en Saint-Germain-des-Prés. Me reconoció y me sonrió. Había debido de acompañar a casa a Mireille Maximoff. Toqué el timbre. Tardó mucho en abrirme. Sólo llevaba un albornoz de felpa roja y estaba despeinada. No había luz en el salón. Me explicó que se había quedado dormida. No me atreví a decirle que me había cruzado con aquel individuo por las escaleras. Le pasó por la mirada una expresión lánguida; me agarró por el hombro y me dio un beso. Me preguntó qué había hecho por la tarde y la asombró que me pasease sola por el bosque de Boulogne.

—Deberías buscarte un enamorado —me dijo—. No hay nada mejor que el amor, ¿sabes?

Yo estaba de acuerdo con ella, pero no me atrevía a decirle que tendría que buscar también trabajo. No quería volver a Lyon. Estábamos sentadas las dos en el sofá del salón y no había encendido la lámpara. Las luces del edificio de enfrente nos tenían en penumbra. Me rodeaba los hombros con el brazo y se le había desatado el cinturón del albornoz. Oía a un perfume que mareaba, nardos quizá. Me entraban ganas de confiarle lo que pensaba, pero seguía callada. Nadie sabía que estábamos aquí. Vivíamos fraudulentamente. Se había metido en aquel piso tras forzar la puerta. Yo estaba asustada. Nunca debería haberme ido de Lyon. No me sentía a gusto en aquel salón vacío.

El piso llevaba desocupado mucho tiempo y unos ladrones se habían llevado los muebles. Me preguntó por qué parecía tan preocupada. Entonces intenté dar con las palabras para responderle. Era un detalle muy amable por su parte haberme llevado allí, pero me daba la impresión de ser una intrusa. Ya me había puesto en una situación difícil al irme de Lyon por una ventolera y no quería convertirme en un peso para ella. ¿Les diría a los dueños que me había llevado allí? ¿Los conocía de verdad? Con sinceridad, a veces me preguntaba si ambas teníamos derecho en realidad a estar allí y temía que regresaran los dueños de improviso para echarnos. Soltó una carcajada. Con su voz dulce, con aquella sangre fría y aquella indolencia que yo le envidiaba, ahuyentó mi pánico. La mujer que vivía allí era amiga suya desde hacía mucho tiempo. Una persona un tanto fantasiosa, que había estado casada con un acaudalado comerciante de pieles. Y, si quería saberlo todo, ella, Mireille Maximoff, también se había presentado un buen día en París, en un tren procedente de Burdeos. Por entonces, estaba sola y no era mayor que yo. Vivió primero en una habitación en un hotel del Barrio Latino y conoció a esa mujer cuando se presentó, después de haber visto un anuncio por palabras, para un trabajo de dependienta en la tienda de pieles de su marido. Aquella mujer le presentó a todos los de Saint-Germain-des-Prés y a su futuro marido, Eddy Maximoff. Se los llevaba a pasar el fin de semana a Montfort-

l'Amaury o a Deauville en su coche americano. Una vida fabulosa. De verdad que no había ningún motivo para que me preocupase. Aquella mujer estaba encantada de prestarle el piso. Entonces tuve valor para decirle que, pese a todo, me preocupaba mi porvenir. ¿Qué iba a ser de mí en París sin trabajo? Se me quedó mirando un rato en silencio.

—Yo también —me dijo— estaba asustada cuando llegué a París. Pero al final las cosas se arreglan. No te imaginas qué suerte tienes con todos esos años por delante. Y, además, te ayudaré. Conozco a gente en París. Y siempre puedes venirte conmigo a España.

Me sentía tranquilizada. Notaba que me quería bien. Bastaba con fiarse de ella y la vida sería hermosa. Una noche, fuimos al teatro a ver trabajar a una chica que se llamaba Pascale. La obra transcurría en nuestros días en un castillo de un país imaginario donde unas cuantas personas elegantes se habían quedado atrapadas durante una tormenta de nieve. Todos llevaban ropa de terciopelo negro con cuellos blancos grandes; las mujeres parecían pajes y los hombres, escuderos. De vez en cuando, música de clavicordio. Unos candelabros iluminaban el gran salón; había muebles antiguos y telarañas, pero también teléfono y, a la luz de las velas, aquellas personas fumaban cigarrillos y bebían whisky, charlando entre sí con aspecto distinguido. Al salir del teatro, llovía. Mireille Maximoff y yo nos subimos al coche de uno de sus amigos. Teníamos que encontrarnos en el res-

algo italiano. El hombre que estaba con él nos dio la mano y se presentó: Guy Vincent. Más adelante supe que no se llamaba así de verdad y siempre me intrigaba la forma brusca con la que se acercaba a la gente, alargaba la mano y decía: Guy Vincent. Ahora entiendo que ese nombre era para él una defensa, una barrera que quería alzar en el acto entre él y los demás. Pero me parece que aquel domingo, cuando lo vi por primera vez y me dio la mano, no tenía la misma voz para decirme el nombre falso. Creo que me lo dijo con una sonrisa irónica, como si ya compartiéramos un secreto.

Guy Vincent estaba a mi lado, en el asiento corrido. Hubo un silencio. Luego, Walter se inclinó hacia Mireille Maximoff.

—Éste es Guy, ya te he hablado de él...

Ella sonrió y le dijo que estaba encantada de conocerlo. Yo estaba intimidada, como siempre. No decía ni palabra.

Por lo que había podido entender, aquel hombre sentado enfrente de mí, Walter, el amigo de Mireille Maximoff, era fotógrafo desde hacía tiempo y lo habían enviado muchas veces a sitios peligrosos. Incluso lo habían herido en no sé qué guerra. Había conocido a Guy Vincent en un café de Les Champs-Élysées al que solía ir igual que otros fotógrafos.

Al empezar la comida, Guy Vincent tampoco hablaba. Mireille Maximoff intentaba relajar el ambiente haciéndole preguntas anodinas a las que él respondía sí o no. Walter me señaló con el dedo.